



675798
al Mercurio, Ugo., 29-VI-1969 p.5.

Obras y Autores:

Lucía Gevert: "El Puma"

Por HERNÁN DEL SOLAR

Se inicia el libro con un alegre descubrimiento. Es de noche. Van cesando todos los ruidos. La autora siente cómo se ha ido el día y ya están las sombras invadiendo las cosas. De repente, algo extraño pasa. Una luz inesperada invade el cuarto, el mundo, el pensamiento de la mujer, que no se mueve, y está atenta a aquello que ocurre tan de súbito y es mensaje de una dicha muy íntima. Todo está igual, nada ha cambiado, al parecer, y sin embargo la vida abre un paisaje nuevo, se entra por él con regocijo que ninguno iguala, se está delante de un abanico de seres que se le entregan, no le ocultan sus secretos ni mucho menos se espantan de que los vea y haga suyos.

La escritora ha comprendido que no se trata de un sueño. Todos esos seres son personajes que se ponen a su servicio. De ella dependerá que vivan y tengan un destino. Sólo habrá queridos, sentidos, comprendidos claramente, identificarse con ellos de manera que autor y personaje no sean sino uno solo.

Esta identificación ha sido ser tan intensa que de inmediato se recuerda el caso de Flaubert. "Mis personajes imaginarios adoptan mi forma— le escribe a Taine en una carta—, me persiguen o, por mejor decirlo, soy yo quien está en ellos. Cuando escribí el envanecimiento de Emma Bovary, tuve en la boca el sabor del ardor con tanta intensidad, me sentí yo mismo tan auténticamente envanecido, que tuve dos indigestiones, una tras otra, dos verdaderas intoxicaciones, que llegaron a hacerme vomitar toda la cena". No se trata, claramente, de un estado de alucinación. Es una visión poética, una actividad creadora que le da un vuelco a la vida para beneficio del escritor, que empieza a conocerse en profundidad a cada nueva aparición de personaje que viene a pedirle que de su vida de autor le entregue la porción necesaria para vivir realmente su existencia imaginaria de este novelero.

El descubrimiento de Lucía Gevert, a la entrada de su libro, ha sido esta posibilidad de identificación. De este modo se adquiere y fertiliza la facultad no sólo de imaginar lugares, personas y cosas sino de insuflarles el aliento vital que nos resulta indispensable, a nosotros los escritores, para que nos encontremos entre ellos y con ellos tan naturalmente como en la vida cotidiana. Dichosa de sentirse multiplicada, confusa con buena conciencia de autora que va a escribir un libro: "Una buena ventura me invade gradualmente. Es poder comprender, de súbito, lo que otros piensan, lo que sienten y por qué actúan en determinados momentos de determinadas maneras. Puede ser Pedro o Cecilia; estar en una tormenta o persiguiendo a un peligroso escorpión; puede ser Pablo o don Únas; cazador de pumas o de avestruces, puede percibir proble-

mas internos de algún muchacho desorientado o viajar acompañando a unas jóvenes por los desiertos nortinos; puede ir a la playa o a la cordillera, ser campesino o avizor; en fin, puede pertenecer un poco a toda la humanidad".

Las palabras son justas. Ahora bien: esta innumerable abstracción, esta omnisciencia muy fuerte no se conquista de la noche a la mañana por un acto de fuerte voluntad. Una imaginación desorbitadamente optimista no consigue realizar tan apoteósico milagro. Un escritor, para ser ubicuo y omnisciente de manera que nos convenza a todos, necesita un atenta, inintermitente aprendizaje. Ha de vivir tratando de conocerse y de conocer a los otros. Seguramente es la más difícil de las ciencias. Una fuerte vocación literaria predispone a una generosa caridad de tales conocimientos. Lucía Gevert al descubrirse capacitada para las más abundantes y disímiles identificaciones, se saludaba gozosamente el don literario, la fuerza para crear mundos posibles, el amor —que se lleva en la sangre— de contar cuentos.

En este libro se relatan sobriamente quince historias. En cada una de ellas hay una ausencia perfectamente definible: la de la frase vaga, la del adorno que busca relampagueante efecto, la de la retórica ostentosa. Y hay, en cada una, sin excepción, una presencia celebrada: la observación precisa de personas de toda edad y condición —dicha, especialmente—, la descripción breve, redá, de paisajes inconfundiblemente chilenos, y el desarrollo bien medido de los hechos. En ningún instante hace falta escribir la fantasía. Lucía Gevert lo tiene dominado. Lo que se ha propuesto es relatar algunos cuentos que él ya no han sucedido en la vida real, en cualquier momento pueden suceder. El realismo es evidente. Todo converge a un mismo propósito: dar vida auténtica a hombres, mujeres y niños que habitan en nuestros tiempos y en ellos encuentran cuanto les resulta indispensable para buenos y malos sueños, ilusiones, esperanzas, carifios, amores, sufrimientos, tentaciones que dejan una huella, emociones que matran días y noches de pensar a solas. Uno de los cuentos, "El puma", que da título al volumen —muy bien ilustrado, por lo demás por Palacios, uno de los buenos ilustradores de Xil-Zil— está hecho con la mesura, la precisión y el interés a que siempre tendieron nuestros mejores cuentistas. Lucía Gevert, con esta obra que, seguramente, no pretende sino entretener —lo cual consigue de manera cabal, pues está destinada a gustar a chicos y a grandes— avanza por nuestra literatura femenina con además tan alegre y confiado que, merecidamente, no podemos sino desearle que la acejan en un lugar grato, visible, protegido de malos vientos.

Lucía Gevert, "El puma" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Lucía Gevert, "El puma" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile